

Camoruco, se retoma otro suceso de análogas características.

De la segunda parte, los cuatro primeros relatos tienen como común denominador personajes ajenos a la organización social y política indígena que llegan a integrarse a ésta (págs. 49-57) y que hacen recordar el caso, descrito por fray Pedro Simón, de un soldado llamado Francisco Martín, quien tras formar parte de la expedición de Ambrosio Alfinger (¿1530-1533?) se integró a la vida de los aborígenes.

En otro grupo de relatos, centrados en la celebración de las festividades religiosas en los llanos, se mantiene siempre un tono bastante superficial. En ellos se alude a la semana santa, a la nochebuena, a algunos bailes y, por supuesto, al coleo en Arauca, en forma de remembranzas.

El siguiente grupo consiste en una trilogía de mitos indígenas, a la manera de simples cuentos, el primero de los cuales da título a la obra. El segundo, *El salvaje de Cutufi*, es una versión llanera del difundido mito de un ser similar al hombre y al simio, es llamado Boráro entre los tucanos del Vaupés. El último mito —que, aunque el autor no lo dice, es de procedencia netamente indígena— trata sobre el origen de la garza morena.

La serie final refleja apreciaciones del autor sobre Arauca y algunos aspectos propios del llano, a los cuales califica de exóticos.

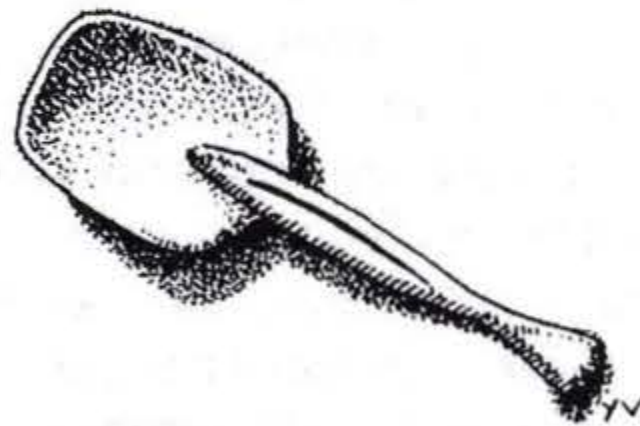
En *El llano exótico y exuberante* expone el tema de un movimiento mesiánico que prosperó en la década de 1920 (págs. 109-110), y que reaparece posteriormente en otro relato (págs. 134-135).

Algunas de las últimas narraciones se disipan en vacuas sugerencias acerca de la gente del llano o en comentarios "señoreros" en torno a si los personajes de Doña Bárbara, novela de Rómulo Gallegos, son reales o producto de la imaginación del escritor. En medio de esa mezcla de anécdotas y sucesos históricos, uno de los textos más interesantes y que escapan a una ligera descripción se llama *El ocaso de una tribu*. En él

Raúl Loyo Rojas se plantea el proceso de aculturación de un grupo indígena, cuya trayectoria histórica relata de manera más concienzuda. Quizá uno de los trabajos más bellos sea *María Laya*. Su estilo, bastante elaborado, difiere del de todos los demás relatos.

Se podría decir, considerando la obra en conjunto, que *Karanau* son páginas al viento en un mundo de lectores muy selectivos.

AUGUSTO OYUELA CAYCEDO



De paso: la lucidez ante el espejo

De paso

Varios autores

Editorial Lealon, Medellín, 1985,
154 págs.

¿Digno fracaso?, se preguntan los autores en el comentario de la cubierta. Pero no cabe pensar en fracaso. Les preocupa la variedad del libro. Pero ella misma resulta atrayente. Una reflexión incisiva sobre la literatura y la crítica colombianas al lado de crónicas sobre motivos cotidianos; vivencias y memorias de la música popular junto a obsesiones por los desnudos.

Los textos de *De paso* recogen obsesiones y preocupaciones que nos atañen. Además, la variedad da un encanto particular al libro. Nuestro mundo moderno es escrutado en diversos lugares, desde distintos puntos de vista. Con la inteligencia y con la sensibilidad. La variedad le da al libro el encanto de lo fragmentario, de lo inacabado. Como nuestro mundo.

El libro no tiene sólo la gracia de la variedad. Una buena prosa permite volver con intensidad a las per-

sonas que nos encontramos diariamente. *El tío Miguel*, de Víctor Gaviria, amante espontáneo de aquella poesía que educa los sentidos. La vejez sola e implacable de algunos personajes de Iván Hernández. Elkin Restrepo y su sabiduría de pájaros. O estas sirvientas sin rostro, de Elkin Obregón:

¿De qué hablarán las sirvientas (hoy muchachas del servicio) en sus días libres? Las sirvientas, cuando no viven bajo el techo de algún señorito avieso, son criaturas un poco inexistentes, sin sexo ni aspecto definido. Van por ahí, cargando tazas, barriendo, lavando. Pelan papas, contestan el teléfono, dan de pronto algún recado necesario. Son como sombras que ignoramos, y que nos molestan cuando de algún modo intentan mostrarnos un rostro propio.

El libro también se empeña en una reflexión sincera y valiente. Conduce una reflexión necesaria para la cual no habíamos tenido ni tiempo, ni guía, ni enjundia. Con ideas precisas, irreverentes, lúcidas. En el texto *El hombre, la mujer, la cámara* interroga a Elkin Obregón:

Se dirá también: ¿No es este el famoso caso de la mujer objeto? Claro. Ésta que la cámara persigue y delata es la mujer en cuanto objeto. Nadie habla de retratar una mujer desnuda: se habla siempre de un desnudo femenino. No es la mujer, sino el objeto en ella la imagen buscada a través del obturador. ¿Degradación? No lo creo, y quien mejor lo sabe es una mujer.

El ensayo de Jaime Alberto Vélez rastrea las incongruencias y los lugares comunes que plagan la literatura colombiana:

Ahora bien, con respecto al número excesivo de literatos colombianos que aparecen en todas las antologías de poesía, éste puede ser más un síntoma de mediocri-

dad que de calidad general. La razón es muy simple: no hay diferencias demasiado perceptibles entre ellos, ninguno sobresale de manera palmaria, pero la exclusión de cualquiera resultaría una injusticia. Resulta explicable, desde este punto de vista, que la poesía colombiana sólo tenga una reducida importancia local. Es raro el poeta cuya obra trasciende los límites del país, pero mucho más extraño aún aquél cuya figuración en otros ámbitos tiene de verdad algún valor.

Unos conceptos definidos, un pensamiento abierto están acompañados de un lenguaje límpido, mesurado, para el cual no hacen falta verbalismos:

En nuestros días tanto como en el siglo XIX, es frecuente que el poeta se entregue al juego verbal bajo la certeza de que es allí donde reside la esencia de la poesía. Es en verbalismo donde se origina la acusación de prosaísmo que se atribuye, con tono ofensivo, a quien desconfía de las propiedades decorativas del lenguaje. La falta de rigor en el uso del lenguaje, la acumulación de palabras, el barroquismo, las búsquedas incesantes de efectos verbales, el falso brillo, etc., constituyen en realidad la vertiente más profunda de nuestra historia literaria [...] Es un lugar común, bastante difundido, creer que la buena escritura se identifica con el uso continuo de imágenes. No puede haber, sin embargo, buena escritura cuando se sacrifica la precisión del lenguaje o cuando —según lo expresa Middleton Murry— se emplean imágenes que “no añaden nada a la exactitud del pensamiento”.

En los autores de *De Paso* —Víctor Gaviria, Iván Hernández, Orlando Mora, Elkin Obregón, Carlos José Restrepo, Elkin Restrepo, Jaime Alberto Vélez— la sensibilidad se une a la inteligencia abierta. Algunos cultivan el ensayo y la crónica. Crónica

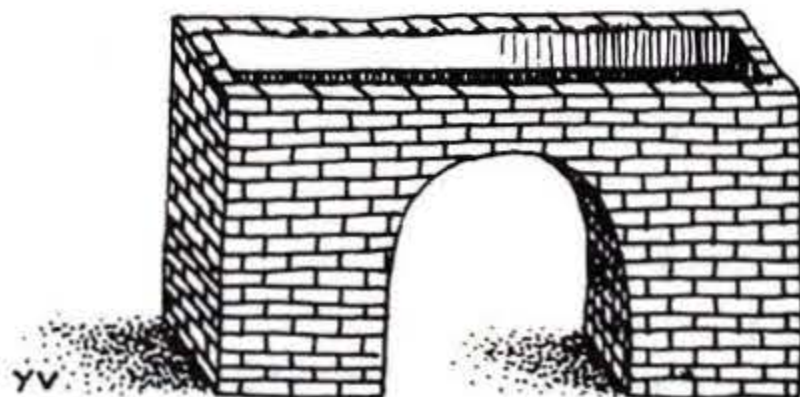
que les permite partir de un hecho cercano para expresar su visión aguda del mundo. En estos autores hay un movimiento pendular del sentir y del pensar. Hay un equilibrio con énfasis distintos en cada uno. Cuando se indaga al tío Miguel o a las sirvientas sin rostro, los escritores están ahondando nuestro tiempo. De una manera distinta de como lo hacen cuando está en curso un ensayo. Pero esos rostros requieren una mirada detenida. Ellos y nuestras ideas exigen una inspección atenta, un paso a través de nosotros mismos, una vuelta al revés. Interrogar las cosas que nos rodean es interrogar el tiempo que nos ha tocado vivir.

Y esa interrogación, con mucha insistencia, termina en el rostro interrogante e interrogado de cada uno de los autores, que se busca y se topa a sí mismo. A veces con ironía. Víctor Gaviria ve su “soberbia pueril de quien confunde vida y cultura”, Elkin Obregón envidia “por un momento” la mirada ingenua de quien ve el cine sin los anteojos de una cultura que Carlos Restrepo ve como un sueño ligero:

El de hoy es un mundo escindido todavía entre las libertades del Romanticismo y los presupuestos de los Clásicos [...] Una cultura es un sueño ligero; quizás el truco de oficializar el desacuerdo la resguarde.

Tal vez por esa mirada aguda a nuestro tiempo y a cada uno, *De Paso* establece con nosotros una conversación que sólo explica una honda sintonía con la época. *De Paso* es una charla que espera, urgente.

HERNANDO VARGAS T.



Un ramillete reseco

Ahí te dejo esas flores

Carlos Perozzo

Ediciones Universidad Nacional,
Bogotá, 1985, 124 págs.

Un escritor digno de tal nombre es un testigo de su época y su entorno: sólo puede criticarse lo que se conoce mejor. Si bien en *Ahí te dejo esas flores* se menciona a Barcelona, Hollywood, Nashville y otras localidades de mapa extranjero, la acción ocurre en lugares tan vaporosos como *la Universidad, la capital, el antiguo barrio*; la pareja de *La Ninfa Eco* pasa un tiempito al otro lado del charco; se compara al mecánico de *Motonimia* con el galán cinematográfico de moda y no se suministra una sola clave (una canción, un acontecimiento célebre, un peinado o un traje en boga) que permita identificar el tiempo de la acción, ni el nombre del galán, cuya sola mención despertaría resonancias de época. Todo transcurre en *backgrounds* anodinos e intercambiables como decorados de telenovela.

Al tropezar con todos esos nombres foráneos (Nicolás el Fenicio, Barney Hunter, Mestallas, Big Jerry ...), uno tiene la sensación de estar leyendo la obra de un precoz estudiante de bachillerato: sabido es que muestra una notoria predilección por las grafías y mitologías *made in USA*, por aquello del asedio cultural que anega nuestro pan televisual y publicitario de cada día. Numerosas frases son, en cambio, meros resabios del argot universitario: *gozando anticipadamente de las delicias de la transgresión de lo prohibido*, nos espeta la página 48. Hay innumerables tentativas desgraciadas de *mot juste*: *señora puentedeoro, ojosdepatomacho, estampacaín, dentadura abélica*, etc. Aquí y allá nos asaltan perlas estridentes del tipo *locutar, derrelictos, desiderátum, gaudeamus*, etc., que en boca de beatíficas amas de casa adquieren la pedantería de un parlamento de *Los cuervos*. Y ni hablar de la plúmbea erudición a lo Mujica Láinez (que en cualquier recodo de *Bomarzo* va soltando un las-